



TESTIMONIO

UNO MAS ENTRE LOS MASAI

Apátridas y sin estado, las tribus masai habitan una amplia franja de tierras entre Kenia y Tanzania. A la región más al sur de este trozo del Africa negra llegó Duarte Manuel da Silva, misionero que durante 8 años compartió sudor y techumbre con estos antiguos guerreros, los masai, hoy dedicados al pastoreo nómada en las mesetas y montañas al este del Lago Victoria.

Por Duarte Manuel da Silva

Cuando llegué a Tanzania, intenté compartir mi vida con otras personas. Lo primero que hice al llegar allí fue aprender la lengua oficial, que es el suawili o africano, y su segunda lengua es el «masai»; también se habla algo de inglés y muy pocos realmente hablan el suawili. Cuando pasados tres meses me introduje un poco en la vida masai — porque en Tanzania no hay escuela de masai — comprobé que esta cultura es de tradición oral y sólo pasados ocho años fue cuando conocí algo la vida y costumbres de este pueblo; y cuando me sentí con un mínimo de vocabulario preparé un viaje hacia el interior de la selva,

llevando comida para una semana aproximadamente. Luego, el viaje duró más de dos.

Este viaje lo hice en un coche que me había sido donado en España por «Manos Unidas» y con mi brújula me dirigí a la región de los masais. Estos, como sabéis, viven al norte de Tanzania, en el sur de Kenia. Yo me dirigí a la región más al sur de los masais, en Tanzania. Ellos no habían tenido nunca contacto con un blanco.

Después de caminar dos o tres semanas empecé por descubrir una especie de castillo o fortaleza construido con árboles cortados, talados y puestos en semicírculo, unos en-

cima de los otros y de una altura aproximada de un metro, o metro y medio. En el centro vive el patriarca o jefe con sus mujeres, sus hijos y sus rebaños. Estamos hablando de una tribu monoteísta y polígama en donde el hombre, según la riqueza que posea (cabras, vacas, ovejas), tiene varias esposas.

Acogida

Dejé el coche y me fui caminando; salieron a mi encuentro tres guerreros, tres jóvenes en el tiempo del servicio militar. El del centro traía en la mano una lanza preparada y los dos laterales un arco y una flecha. Yo avanzaba hacia ellos y ellos hacia mí, hasta que nos detuvimos. Les saludé —como huésped soy yo el que les tiene que saludar—, les dije que no llevaba armas y que iba en misión de paz y les pedí hablar con el jefe, con el patriarca. Hasta que llegué a hablar con él pasaron un par de horas, ya que en esta cultura no se habla directamente con la persona a la que uno desea ver o con la que desea comunicarte, sino que se habla «a través de círculos». Es todo un rito; llegar, preguntar primeramente por el ganado, luego por los niños, más tarde por las mujeres y al final, a la persona mayor preguntarle y decirle: ¡Cuéntame tu vida desde la última vez que nos encontramos!, muertes, datos, cosas nuevas... aquí el reloj no le sirve a uno de nada. Por fin llamaron al jefe, que se acercó muy bien vestido con sus pieles de cabra y de oveja adornándole su cuerpo, rodeado de guerreros para defenderlo. Al aproximarse a mí, me dedicó el saludo más hermoso que se puede dedicar en la cultura masai.

Es casi una bendición, me escupió. Hay que saber estos detalles en esta cultura. Esto significa bienvenida y bendición.

Pasado un tiempo, un buen rato de charla con este hombre, con mi pobre masai, me hizo entrar en ese gran círculo del que hablaba anteriormente y me hizo sentar junto a la casa de su primera esposa. Es un hombre casado, con 18 esposas, 18 mujeres. No son demasiadas. Hay quienes tienen 20, 30 y hasta 40 o más. Este hombre me acogió extraordinariamente. Llamó a sus esposas y acercándose me obsequiaron calabazas con leche de vaca, es decir, el pan nuestro de cada día. Ellos no viven ni de vegetales, ni de cereales, ni de frutos, solamente de sus rebaños. Cada mujer trala una calabaza con leche, y la última una calabaza con agua, con la que me lavó los pies. Pasamos rato charlando, las mujeres sentadas en el suelo, a distancia, hablando entre sí, ¡vete tú a saber lo que dirían!... y los guerreros, al otro lado, bailando a modo de protección.

Más tarde, por la noche, dentro, este hombre mató una cabra —se matan por asfixia— y una vez muerto el animal, se abre la piel del cuello y este hombre y yo, con los brazos entrelazados, bebimos la sangre de la cabra. Es un pacto. Es una alianza. Este hombre se comprometía a no hacerme daño ni a él ni a sus mujeres, ni a sus hijos, ni a sus rebaños. Continuamos charlando hasta que llegó el momento más importante de sus ritos culturales, que es sacar el hígado del animal, la parte más «rica» y me lo pasó totalmente crudo para que me lo comiera.

Hospitalidad

En la cultura masai es muy importante saber que hay que compartir. Entonces no debes comer solo. Debes compartir con los que están a tu alrededor y si estás solo no debes empezar a comer nunca. Debes llamar a alguien para compartir contigo.

Continuamos hablando hasta que por la mañana yo me quedé rendido. Desconocía que en esta cultura masai el huésped, la persona que llega, es quien debe decir que quiere acostarse, que está agotado; si no, se sigue hablando día y noche, noche y día. Nunca tienes prisa. Las mujeres siguen llenando calabazas. Nunca tienes prisa.

Al cabo de unas horas, este buen hombre me despierta y me dice en masai:

—Hombre de barro, estarás muy cansado ¿quieres seguir durmiendo después de tan largo viaje?

—Sí, le dije, estoy agotado.

Bien. Este hombre llama a sus hijas (no eran cuatro ni cinco, sino más de cuarenta) y se aproximan bailando todas un baile especial para recibir al huésped y luego se postran en tierra, en fila unas detrás de las otras y esta persona, este jefe, este patriarca, me invita a pasearme por entre sus hijas. Yo me hacía un poco «el tonto», pero seguí al hombre y, cuando terminé, ellas se pusieron de pie y me rodearon en semicírculo. El hombre, con una sonrisa me dice:

—Ahora escoge la hija que quieras.

Entonces, no se me olvidará nunca, escogí la segunda de la izquierda, y este hombre habló con su última mujer —que nos dejó su casa—, ya que el hombre masai vive en casa de

la mujer y va a dormir con la mujer en la casa que quiere, y su última mujer viene a dormir en la casa de la primera, de la mayor.

En esa casa viví los primeros quince días entre los masais. Este hombre cada día mataba una cabra, una vaca o una oveja para que no me faltara ni la sangre, ni la leche, ni la carne.

Este fue mi primer contacto con la tribu de los masais en una zona en la cual fue también su primer contacto con un blanco. No sabían quién era yo, ni que era sacerdote, ni misionero. Mi vida a partir de ese momento y durante tres años fue sencillamente compartir causa y suerte con esta gente. Me hice pastor, ganadero. Andando detrás de vacas, de cabras, de ovejas, bebiendo leche por la mañana, acompañar a los rebaños, haciendo treinta o cuarenta kilómetros diarios entre ir y venir. Volver a casa por la noche, volver a beber leche, y cuando alguien había sido herido por los leones, intentar acercarlo a un hospital; la ciudad más cercana que teníamos estaba a más de setecientos kilómetros de distancia. Era compartir con ellos. Cuando había hambre porque no había leche, intentar descubrir leche. Llegué a pensar que estaba perdiendo el tiempo, pero el Espíritu no dejaba de trabajar y, pasados casi tres años, este hombre, que acabó por admitirme como hijo (en esta cultura no se admitió una persona que no tenga padre y madres; padre, el patriarca, el jefe; y madres, todas sus esposas), un día de calor que estábamos sentados debajo de un árbol, me dijo:

—Tú, blanco, que ya llevas tiempo entre nosotros, tú, que no nos robas, tú, que procuras ayudarnos, tú que

andas por los bosques detrás del ganado y las informaciones que tengo de mis mujeres e hijos sobre ti son todas buenas. ¿qué pretendes, qué quieres de nosotros?

Y solamente aquí y en este momento fue cuando por primera vez le dije a lo que iba.

—Lo que pretendo deciros es esto: el Dios en quien creéis es el mío: pero, en la historia, ese Dios se hizo hombre en Jesús de Nazaret y nos dio un mensaje muy concreto de amor, de paz, de justicia, de fraternidad; y este hombre me contesta en masai:

—¡No! No es posible que Dios siendo Espíritu se haga uno como tú y como yo.

Germinación

Y pasadas una semanas este mismo hombre que había rechazado previamente esta cuestión, vuelve a la carga y me dice:

—Hace días me dijiste que Dios se había hecho hombre en Jesús de Nazaret. Háblame, cuéntame más cosas de Jesús.

Yo intentaba hablar de una parábola sencilla, porque no olvidemos que en esta cultura esta gente está intentando salir de ese período al cual llamamos Prehistoria: hacen

fuego todavía con sus piernas flexionadas frotando palillos.

Este hombre decía: yo quiero ser cristiano como tú. Jamás me había planteado en mi vida ir a Tanzania a bautizar masais, sino a hacer una labor de presencia, de testimonio, de compartir con ellos.

Dos años más tarde, después de ver al obispo en Roma para pedir permiso para bautizar aquí a un polígamo, nació en esa región concreta de Tanzania la primera iglesia cristiana. Nació la primera comunidad. En ese día el Espíritu Santo se sirvió de personas, se sirvió de nosotros. Ahora es una comunidad que va naciendo, que va trabajando, intentando dar más vida en una dimensión no sólo horizontal, sino también vertical, de compartir sencillamente.

Allí la vida es la vida. El niño es lo más querido y la persona mayor es lo más apreciado. La familia, que tiene un patriarca, es una bendición de Dios... y de todos. Es gente que vive en el Antiguo Testamento todavía en esta región. Es gente que intenta vivir y desarrollarse. Y yo, como misionero, fui simplemente a compartir con ellos su pan y su suerte y darles algo que no es mío, sino que es don de la vida en otra dimensión, que es una dignidad de Dios.

Duarte Manuel da Silva Costa (Islas Azores).
Misionero espiritano en convivencia
de ocho años con la tribu de los masais
(Tanzania).